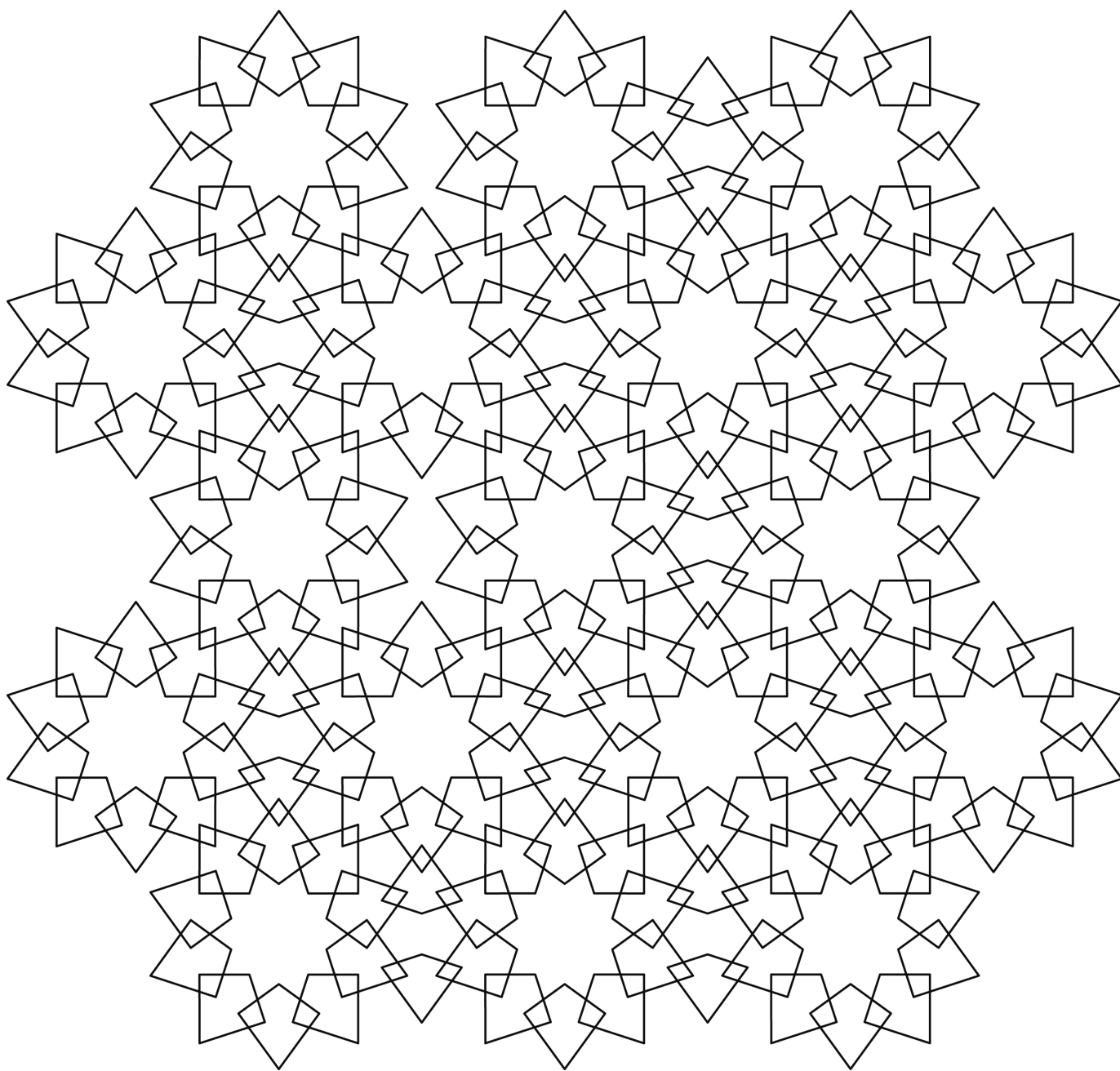


.....

**RAMÓN LLULL: ARTE Y MÍSTICA.  
IMÁGENES, MEMORIA Y DIGNIDADES**

(PARA UNA COMPARACIÓN ENTRE LAS MÍSTICAS DEL AMOR  
DE IBN 'ARABÍ Y RAMÓN LLULL)

**Francisco Martínez Albarracín**



“¡Qué plenitud la de tu alegría en mí! ¡Qué descendimiento a mí el tuyo!  
Señor de todos los cielos, si yo no existiera, ¿qué sería de tu amor?  
Tú me tienes como compañero de tu tesoro; tus alegrías están jugando sin  
parar en mi corazón y tu voluntad está siempre recreándose en mi vida.  
Por eso tú, Rey de reyes, te has adornado tan hermosamente, enamorado  
de mi corazón.  
Por eso te pierdes de amor en el amor de tu amante. Y allí eres visto, en la  
perfecta unión de los dos”.

(Rabindranat Tagore, *Gitanajali*, 56).

## INTRODUCCIÓN: RAMÓN LLULL E IBN ‘ARABĪ

Estos versos inspirados de Tagore pretenden aludir a la experiencia mística, más precisamente, a su culminación. Para referirnos luego a la mística de Lulio, centro de su pensamiento y clave de su *Arte*, no vendrá mal recordar las palabras de San Agustín, ya anciano, en su comentario sobre San Juan. Digamos, en un paréntesis, algo bien conocido: la metafísica de Ramón Llull se nutre del agustinismo franciscano y del neoplatonismo aviceniano, como su *Arte* se alimenta de la lógica de Algalcel. Pero es que el sufismo de éste último nos conduce a la relación inevitable con Ibn ‘Arabī: las concepciones acerca del amor de estos dos grandes maestros, Ibn ‘Arabī y Llull, confluyen, como sus dos centenarios<sup>1</sup>, propiciando un delicioso diálogo de poesía, pensamiento y misticismo tremendamente sugerente.

Como decía, el anciano Agustín pronuncia estas conmovedoras palabras:

“¿Y que tengan los sentidos corporales sus deleites mientras se deja el alma vacía de placeres? Si el alma no tiene placeres propios de ella, ¿por qué está escrito: «El alma de los hombres esperará bajo la sombra de Tus alas; ellos se embriagarán con la plenitud de Tu casa; y del torrente de Tus placeres les darás de beber; porque en Ti está la fuente de vida y en Tu luz veremos la luz»? Dadme un hombre enamorado: él entenderá lo que digo. Dadme un hombre que anhele; dadme uno hambriento, dadme uno abandonado en este desierto, que esté sediento y suspire por el manantial del país eterno. Dadme ese hombre: él entenderá lo que digo. Pero si hablo a un hombre frío, no entenderá de qué estoy hablando”<sup>2</sup>.

---

1 Este texto fue presentado como conferencia al *seminario Ibn Arabi y Llull a la luz de la matemática y la física actuales*, celebrado en Madrid (octubre de 2015) y organizado por la UNED y MIAS-Latina, dentro de los actos organizados para conmemorar el 850 aniversario del nacimiento de Ibn ‘Arabī.

2 Cf. *Trat. in Ioan.*, 26, 4.

No es ninguna exageración decir que tal vez Ramón Llull sea el filósofo más grande de lengua latina (sin contar pues a Ibn ‘Arabī, Maimónides o tantos otros que se expresaron en árabe o hebreo) nacido en la Península. Desde luego, el de mayor proyección histórica<sup>3</sup>. Sin olvidar, claro, a Ortega y Gasset. Y también podemos acordarnos de Séneca, de Francisco Suárez o de María Zambrano (si me permiten una estimación personal). Tiene el mérito, además, de ser el primer pensador medieval que escribe una importante obra filosófica y teológica utilizando preferentemente la lengua vernácula.

Su filosofía es de inspiración claramente neoplatónica. Un neoplatonismo aviceniano y agustiniano donde están presentes, por ejemplo, Ricardo de San Víctor o San Buenaventura, pero también y muy significativamente los pensadores árabes. Los especialistas ya subrayaron, desde Asín Palacios a Miguel Cruz Hernández, la presencia de Algazel y de Ibn ‘Arabī (en general de la mística sufi) en la obra del pensador mallorquín.

Una obra de un pensamiento fuertemente impregnado de espíritu caballeresco, lo que también nos recuerda esa caballería espiritual tan característica en los autores sufíes. Al igual que Ibn ‘Arabī, fue un viajero infatigable y un autor tremendamente prolífico (alrededor de 300 obras). Pero las coincidencias con él no terminan aquí, como iremos viendo. Por citar sólo algunas: el punto de partida en una conversión muy especial; el valor que conceden a la poesía (son dos grandes poetas); su insistencia en la infinita generosidad de la misericordia divina (lo que le haría sospechoso de herejía para el inquisidor Nicolás de Eymerich); su búsqueda de concordia entre las religiones; la importancia de los Nombres divinos en la creación; la visión del alma como espejo de Dios; la concepción de los sentidos espirituales; el mundo como libro y revelación<sup>4</sup>; su consciencia de la inspiración; la metafísica de la unidad del Ser que no aniquila, sino que, al revés, da valor y sentido a lo múltiple e individual; el papel y la utilidad de la imaginación, bien que con diferencias; su sensibilidad y capacidad para el misterio; ... en fin, y en ello nos detendremos algo más al final de este escrito, la unidad de conocimiento y amor, puesto que el amor es centro y sentido de toda su cosmovisión y su mística.

Después de su revelación en el monte Randa, donde vio los fundamentos de su Arte, en Llull la contemplación se despliega en acción. Todo adquiere valor y sentido; el amor se traduce en coraje y a él sirven todas las potencias del alma. Parejo a un orden interior se manifiesta el orden cósmico. El mundo es un libro abierto que hay que interpretar y los seres, imágenes, vestigios, sombras del Ser necesario, puesto que en ellos se manifiestan en diversa medida sus Atributos y Dignidades. El mundo es el cálculo de Dios, quien es a un tiempo trascendente e inmanente. Ningún rastro de panteísmo en Llull, pero sí puede atisbarse un panenteísmo como en tantos otros autores espirituales afines: Meister Eckhart, Shankara, Jacob Böhme, Lao-Tsé, el propio Ibn ‘Arabī.

3 Por sólo citar los más importantes, indiquemos su influencia en Nicolás de Cusa, Marsilio Ficino, Pico della Mirandola, Paracelso, Giordano Bruno o Leibniz.

4 “Todas las formas del mundo son el lenguaje de Dios y hablan para celebrar su alabanza”, escribe Ibn ‘Arabī en *Los Engarces de las sabidurías*.

En Ramón Llull descubrimos una sutileza especial, no exenta de cierta ingenuidad. El mismo destaca siempre la importancia de la sencillez para alcanzar la sabiduría. Desde luego, es heredero del saber de su tiempo y por él está condicionado, pero su capacidad para el asombro y la maravilla parece no tener límites. Llull coincide con Tomás de Aquino: en el fondo ignoramos la esencia de las criaturas. Permítanme que cite a Joaquín Xirau, quien comenta la experiencia decisiva de Llull y concluye con una deliciosa leyenda:

«A los ocho días de retiro, en las profundidades de la “ciencia infusa”, hecha “de voluntad, de oración y devoción”, irradia una prodigiosa “ilustración”. Es la idea del *Arte magna* -“un arte general que nuevamente me fue dada por don espiritual y por la que puede el hombre saber toda cosa natural”-. La “ciencia adquirida” hunde sus raíces en el misterio de la luz increada. Arrebatado por la gloria del hallazgo -hinchido, iluminado- baja al Monasterio de la Real y escribe frenéticamente la primera *Arte*. Cuenta la tradición que mientras escribía el libro tuvo en la cueva una visita milagrosa. Un joven pastor, súbitamente aparecido, le habló con palabras de sabiduría insólita, lloró sobre las páginas del libro en gestación, imprimió en ellas sus labios, bendijo a Ramón y profetizó el triunfo de su triple y acendrado anhelo. En la sequedad de la cumbre rocosa todo se hace milagro. Al milagro de la iluminación responde la tierra con temblor misterioso de sus pétalos. Desde aquellos días de leyenda brota -al decir del pueblo- en los resquicios de la roca calva un portentoso lentisco que guarda en sus hojas escrito, en minúsculas y enigmáticas cifras orientales, el nombre sacro de Dios»<sup>5</sup>.

Número y medida, arquitectura y teoría gobiernan en Llull, pero siempre movidos por el amor: ciencia y amancia; un arte de saber y un arte de amar. Un árbol del conocimiento y un árbol del amor, con sus raíces, ramas, flores y frutos minuciosamente detallados. Sólo es posible llegar a la verdad si previamente hemos aprendido, por amor, a conocer las vías que llevan al bien. Dada la íntima y estrecha correlación de la ciencia y la amancia, sólo resplandecerán en toda su claridad las articulaciones del intelecto si las iluminamos mediante el conocimiento de la naturaleza y los secretos del amor. La ciencia se vincula y se subordina, pues, a la amancia. El amor “extiende y ensancha la sabiduría y la sutilidad y la gracia y la bendición”.

Del abismo de Dios nacen las criaturas y el místico se sumerge en ese mar sin orillas. De la luz increada participa la luz que contemplamos.

Acabo esta introducción recordando algunas de las principales obras de llull: ante todo su *Blanquerna* (del que forma parte el *Libro del amigo y el Amado*), el *Libro de la contemplación en Dios*, los varios dedicados a su *Arte* lógica, el *Libro del gentil y los tres sabios*, *El árbol de filosofía de amor*. El *Desconhort* es uno de los más

5 Xirau, J: *Vida y obra de Ramón Llull. Filosofía y mística*. Breviarios del F.C.E. Edición digital.

bellos poemas de la desolación humana, como escribió Joaquín Xirau. En fin, *El libro de la orden de caballería*, *Los cien nombres de Dios* (donde se percibe una vez más la influencia islámica) y tantos otros.

## APROXIMACIÓN AL ARTE LULIANO

La iluminación que tuvo Ramón Llull en el monte Randa, hemos dicho, le llevó contemplar los atributos de Dios penetrando la creación entera; de este modo pensó que podría construir un Arte que se fundase en dichos atributos, como causas primordiales, pues estos principios serían universalmente válidos ya que se basaban en la Realidad. Esta idea es común en muchos autores, por ejemplo en la cábala. Así, para Abraham Abulafia, contemporáneo de Ramón Llull, el lenguaje divino también constituye la sustancia de la realidad. Llull creía “haber encontrado una lógica «natural» basada en la realidad” y “muy superior a la lógica escolástica”<sup>6</sup>.

El mundo es un gran símbolo para este «asombrado buscador de maravillas»; las cosas son signos de Dios. Y la ciencia, el *Arte*, es también en su conjunto un gran símbolo y está formado por un mundo de significados que funciona como un árbol vivificador del conocimiento y como un espejo de la suprema realidad.

Tarea imposible resumir adecuadamente aquí el arte luliano, aunque intentaremos referirnos a sus características esenciales. Y lo primero que hay que decir es que el *Arte* de Llull no es propiamente ni ante todo “un complejo sistema de estructuras entrelazadas para ascender a la verdad, sino un arte del buen vivir, de vivir rectamente, o sea, [como él mismo dice] según la primera intención o fin de Dios”<sup>7</sup>. En efecto, Llull creía que uno de los aspectos más valiosos de su Arte era que practicándolo, uno se hacía virtuoso<sup>8</sup>.

Por lo demás, este Arte se basaba en las concepciones comunes a las tres grandes religiones abrahámicas, así como en la estructura elemental del mundo natural aceptada por la ciencia de su tiempo.

La doctrina de las Dignidades -ya esbozada por Ricardo de San Víctor y anticipada en la doctrina de las Hadras (*hadra*, pl. *hadarāt*), o perfecciones de Dios de Ibn ‘Arabī- es el eje de toda la filosofía luliana. De ella depende toda la fuerza dialéctica del arte.

6 Cf. Yates, Frances A.: *El arte de la memoria* (cap. VIII: El lulismo como arte de la memoria), Siruela, Madrid, 2011 (2ª), pp. 197- 220).

7 Cruz Hernández, M.: *El pensamiento de Ramón Llull*, Fundación Juan March/ Editorial Castalia, 1977, pp. 218-219.

8 Conocida es la anécdota que se contaba en vida de Llull: es la alarmante visión que tuvo en una iglesia dominica en la que una voz le dijo que sólo en la Orden de Predicadores encontraría la salvación, pero que para ingresar en dicha Orden tenía que abandonar su Arte. Ramón Llull decidió salvar su Arte a expensas de su alma «prefiriendo condenarse él mismo antes de que se perdiese su Arte, por cuyo medio muchos podrían hallar la salvación» (cf. Yates, F. A.: o. c., p. 216).

Dichas dignidades divinas están configuradas en estructuras triádicas y son quince:

Bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, voluntad, virtud, verdad, gloria, diferencia, concordancia, principio, medio, fin e igualdad. En ellas se encuentran las razones o causas reales del mundo entero. En Dios hay semejanza perfecta. Los atributos no son cosa distinta de Él.

Las criaturas participan, en mayor o menor grado, en todas las dignidades pero participan también en lo que Ramón Llull denomina contrariedad, mayoría y minoridad. Lo contrario, que se identifica en lo infinito, es en lo limitado incompatible. Lo infinito se refracta en lo finito y se quiebra en mil reflejos que se excluyen y rechazan. Su contrariedad es a la vez condición y efecto de su carácter limitado, relativo, participado. Como en la tradición platónica, las cosas son y no son, participan en mayor o menor grado en la plenitud que les otorga el Ser.

Sólo en el contexto jerárquico de este realismo neoplatónico y de la metafísica ejemplarista que de ella resulta es posible comprender el sentido profundo del *Arte magna*.

El Arte emplea solamente tres formas geométricas, el círculo, el triángulo y el cuadrado, y todas ellas tienen significaciones tanto cósmicas como religiosas. El cuadrado representa los elementos; el círculo, los cielos; y el triángulo, la divinidad. En cuanto a las célebres ruedas presentes en el Arte, hay que decir que derivan de las *rotae* cosmológicas; esto es bien patente cuando emplea las figuras para hacer una especie de medicina astrológica, como sucede en su *Tratado de astronomía*. Por cierto, afirma Giordano Bruno, en el prefacio al *De lampade combinatoria luliana*, que Paracelso tomó de Llull su medicina.

En el Arte mayor, las figuras son cinco: 1. De Dios y las virtudes o dignidades divinas, 2. Del alma racional y sus potencias, 3. De los principios y los significados, 4. De las virtudes y los vicios, y 5. De los opuestos y de la predestinación.

En el *Ars magna e ultima* las figuras se reducen a cuatro. Pero a ellas se añade una serie de mecanismos complementarios -alfabeto, definiciones, reglas, etc.- que precisan, simplifican y garantizan su seguro y fácil manejo.

1. Una escala de los seres, ordenados según la jerarquía de su perfección.
2. Una escala de conceptos o categorías lógicas mediante la cual se realizan las operaciones de la primera.
3. Una escala auxiliar -instrumental, como la anterior- que nos ofrece los grados de certeza del conocimiento.

En los principios de la primera figura está implicado todo lo que existe, pues la realidad entera es, por participación, buena, eterna, poderosa, etc.; es decir, participa en mayor o menor grado en las

dignidades supremas. En el resto de las figuras intervienen, además, los principios de relación que dispersan y separan los seres mediante diferencia, concordancia, contrariedad, principio, medio, fin, mayoría, igualdad y minoridad. También estos principios son universales y aplicables a todas las cosas creadas. Todos los seres se delimitan y precisan por su diferencia y ésta depende de la proporción entre la concordancia y la contrariedad; todas se sitúan en la jerarquía de los seres en su posición de principio, medio o fin; todas participan en el Ser en mayor o menor proporción o en una proporción igual. Ninguna escapa a la necesidad de esta universal especificación.

A los diferentes tipos de demostración lógica -admitidos por todas las escuelas- añade Llull una nueva forma más perfecta y “desconocida de los antiguos”. Es la demostración *por equiparación*, una de las piezas más características de su dialéctica.

En todo este *Arte* flotan una serie de intuiciones geniales; la necesidad de un método de invención y descubrimiento, el intento de organizar el saber en un sistema algorítmico que garantice la marcha objetiva del pensamiento y presida desde lo alto los pasos seguros de la ciencia, la idea de una *mathesis universalis* (como luego en Descartes o Leibniz) de la cual todas las ciencias deriven por modo necesario, el empeño de traer al dominio de la razón las esferas inaccesibles de la revelación y el esbozo de una dialéctica que concilie o identifique en lo infinito la incompatibilidad de todos los contrarios (como en Nicolás de Cusa).

Es un prodigio de imaginación creadora que desconcierta, perdido constantemente en la inmensa maraña de sus mallas infinitas. Interesa precisar el alcance y la magnitud de las metas, pues la realización minuciosa de la empresa no pasa de ser una curiosa maravilla. Pensamos, sin embargo, que no hay que confundir el instrumento con la cosa, el esquema con la realidad a que se aplica. El método es simple como lo es la estructura esencial o esquemática del mundo en que se inspira. Pero la realidad es infinitamente compleja. Frente a la perfecta claridad de las estructuras del arte surge el mundo con todo su misterio.

Entiende Llull que su método permite investigar la realidad hasta en sus últimos pormenores; y hacerlo con precisión y rigor. Así, todas las cuestiones o problemas particulares podrían resolverse mediante su adecuada aplicación, planteando los problemas y preguntas y resolviéndolos en minucioso detalle. ¿Ingenuidad o genio? Tal vez ambas cosas.

La enciclopedia de las ciencias se despliega en 16 partes o árboles en los que “todas las cosas que existen son significadas” (los dos últimos, el ejemplifical y el cuestionar, se refieren más bien a la aplicación práctica del arte que a su contenido). Entre la jerarquía de los árboles cito como ejemplo: 1. Árbol elemental (se refiere a la naturaleza, la cosmología y la física). 4. Árbol “imaginario” (destaca a los animales superiores dotados de conciencia). 9. Árbol celestial (en él se hallan contenidas la astronomía y la astrología, es decir, todo lo referente a la naturaleza de los cuerpos celestes y a sus influencias sobre las cosas naturales y humanas).

En esta concepción del mundo no sólo en la realidad material, sino también en la espiritual -el alma humana, toda la jerarquía angélica- cooperan un principio activo y un principio pasivo. De la interconexión entre ambos resulta lo concreto, lo formado, lo que se especifica y determina en virtud de la forma. Hay, pues, una materia espiritual. De la pluralidad de las formas que resulta del principio de limitación y contrariedad se sigue la infinita multiplicidad de los seres, su generación y su corrupción.

A la constitución del individuo contribuye y converge todo: la materia, la forma, la causa eficiente, la causa final, la diferencia, la concordancia, la cantidad, la mayoría y la minoridad. Es perceptible aquí la doctrina del microcosmos, cuyo germen se dibuja en Aristóteles y su última culminación -por influjo directo del propio Lulio- nos pone en presencia de los grandes “naturalistas” del Renacimiento. El cuerpo del hombre es compendio de la naturaleza entera.

En definitiva, el conocimiento adquirido es sostenido por el infuso; la ciencia se funda en la sabiduría y la intuición intelectual (*noesis*) de la belleza sostiene e ilumina todo el cuerpo de la dialéctica ofrecida por el *Arte*.

Toda esta concepción del Arte se aplica también a la utopía social y política. Tan sólo apuntar brevemente que la ciudad ha de ser reflejo y compendio de la ordenación del cosmos.

## ARTE Y MEMORIA

El lulismo, como arte inventivo de la memoria, difiere fundamentalmente del arte clásico (que sólo pretende memorizar lo dado). Además no se da en Lull “el principio de estimular la memoria por medio de la incitación emocional de imágenes humanas percusivas”. Su Arte se parece más a “un álgebra y geometría cosmológicas y místicas”, pues “funciona con abstracciones” (letras). Y el árbol, tal como él lo emplea “es una especie de sistema de lugares”<sup>9</sup>.

Lull conocía una obra de Aristóteles: *De memoria et reminiscencia*, obra que constituye un precedente clásico para el uso de órdenes matemáticos o geométricos en la memoria. Él mismo escribió un breve tratado al respecto: el *Liber ad memoriam confirmandam*, redactado en la época en la que estaba configurando el *Arte* en sus formas últimas. En esta obra Lull afirma que “quien desee fortalecer su memoria ha de valerse de otro libro” suyo, que cita como *El libro de los siete planetas* (pero no existe ninguna obra de Lull con ese título). Ivo Salzinger, eminente especialista, lo identifica con el *Tratado de astronomía*.

Por cierto que Lull “elabora su ciencia astral de un modo completamente abstracto y desprovisto de imágenes, sólo con figuras geométricas y notaciones alfabéticas”<sup>10</sup>.

9 Cf. Yates, F. A.: o. c.: *El arte de la memoria*, p. 209.

10 Cf. id. pp. 218-219. Afirma Yates: “Hay incluso, en el corazón del lulismo, una suerte de interpretación de



El arte de la memoria se basa en Ramón Llull en los Nombres divinos, relacionados con las Ideas platónicas. Así, su memoria artificial consistirá en memorizar su Arte en sus dos dimensiones de voluntad e intelecto. Tal intento le aleja de la escolástica medieval y le hace más próximo al Renacimiento, época en la que se logró unir el lulismo con el arte clásico de la memoria: de este modo, “las mágicas imágenes de las estrellas” serán alojadas “en las móviles ruedas combinatorias” de Lulio<sup>11</sup>.

### LA MÍSTICA EN LLULL, FUNDAMENTO DE SU ARTE Y SU FILOSOFÍA

Antes de referirnos a la mística luliana conviene apuntar su modo de entender las relaciones entre la razón y la fe, pues Lulio rechaza la distinción y delimitación que, entre dichos ámbitos, hicieron San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Así, identifica la inteligencia humana con la razón «iluminada por la luz de la soberana sabiduría». Lo que el ser humano ha recibido de Dios es una inteligencia iluminada, capaz de demostrar «todos los artículos de la fe cristiana». Fe y razón en cierto modo se convierten, aunque aquélla es considerada superior porque ilumina, eleva y esclarece a la inteligencia. Parece claro aquí un cierto fideísmo que está en las antípodas de las tesis de un Guillermo de Ockham. Pero no olvidemos que para Llull el auténtico conocimiento lo constituye la ciencia de Dios. Gracias a la fe la humana naturaleza «flota» en el saber como el aceite sobre el agua (es esta una imagen muy grata a Llull y frecuentemente repetida por él). De todos modos la filosofía no es en modo alguno superflua, pues nos permite entender con la razón lo que ya creíamos por la fe. En conclusión, podemos decir con Miguel Cruz Hernández que “la naturalidad con que Llull ve en él [mismo] la operatividad de la razón iluminada por la fe le lleva a universalizarla y proyectarla sobre la realidad”<sup>12</sup>.

Convendrá decir que el camino de la unión mística no es para Ramón Llull una vía extraordinaria, pues que parte de la presencia fontanal de Dios en todo lo creado. Muy especialmente en nuestra propia alma. No es preciso que el hombre vaya muy lejos para sentir a Dios. El lugar más seguro es el más cercano: el corazón del justo<sup>13</sup>. Se inicia el camino, porque a Dios se le tiene y no se le tiene al mismo tiempo.

.....  
 las influencias astrales que habría suscitado interés en la época de Ficino y Pico. Cuando el arte se pone en práctica en el nivel del *coelum*, se convierte en una manipulación de los doce signos del zodiaco y los siete planetas, que en combinación con la sucesión de letras B-K constituyen una especie de benévola ciencia astral, a la que se puede hacer funcionar como medicina astral, y que, como Llull indica en el prefacio a su *Tractatus de astronomia*, es asunto muy diferente a la astrología judiciaria corriente” (cf. pp. 211-212). (Giordano Bruno adoptó la medicina de Ramón Llull, que aún no ha sido adecuadamente estudiada).

11 Cf. id., p. 220.

12 Cf. Cruz Hernández, M.: *El pensamiento de Ramón Llull*, Fundación Juan March/ Editorial Castalia, 1977, pp. 164-165.

13 En palabras de Llull, citado por Joaquín Xirau: “No es preciso que el hombre vaya a buscaros lejos, porque estáis muy cerca, ya que somos finitos en Vos. Comoquiera que Vos, Señor, sois infinito y nosotros finitos, fácil cosa es que los que os aman os encuentren a toda hora que os quieran porque por todos los caminos os podrán

No hay mejor espejo de Dios que el alma humana; cuando es transparente es el espejo en que se revelan los inescrutables secretos de Dios<sup>14</sup>. Otra coincidencia con Ibn ‘Arabī. Pero el alma misma no sabe cuál es la perfección que Dios le ha otorgado. Ha de conocerse a sí misma.

Hemos visto que Dios es principio único del ser y que las criaturas son receptáculos de las Dignidades o Nombres divinos, recibiendo cada una un mayor o menor grado de semejanza. Ramón Llull, siguiendo los principios de su *Arte*, llama a la Unicidad divina «máxima concordancia» y a la ilimitación más grande, «mayoridad». No hay, pues, más que un Ser y una Idea; vistos desde siempre son Uno y son Dios; vistos como «nuevos» son las cosas. Máxima coincidencia en esto con Ibn ‘Arabī para quien las cosas por sí solas serán sombras, nada, sin sentido.

El pensamiento místico de Ramón Llull es el centro de toda su especulación, ya que también lo fue de su vida. El *Libro de la contemplación en Dios*, una de las primeras obras lulianas, consta de casi 3.000 páginas en la edición de Mallorca y la escribió cuando apenas tenía 40 años. Así, podemos decir que su pensamiento nace de esta exposición de la realidad contemplada en Dios, y esto lo hace particularmente afín al pensamiento akbariano.

El eslabón dialéctico de engarce entre el *Arte* y la contemplación mística, está representado por la concepción de los puntos trascendentes y de los sentidos espirituales. Los primeros son los instrumentos para que nuestra inteligencia, yendo más allá de la naturaleza de este mundo, pudiese saltar hasta Dios. Los sentidos espirituales son los operadores del más auténtico conocer: el que no se conforma con «ser conocimientos» (las ciencias), sino que es *Sabiduría*.

Instrumentos de penetración trascendente, los sentidos espirituales nos ponen en presencia de la Esencia divina. Si bien ésta no puede ser captada, sí el resplandor de sus atributos, propiedades o virtudes, en la jerarquía de las criaturas que revelan y cantan su gloria.

Los cinco sentidos del alma son en Llull: reflexión *-cogitatio-*, apercebimiento, conciencia, sutileza y coraje o fervor.

La reflexión es la vista intelectual. Atisba las «dignidades» divinas, pero es limitada; se colma con muy poco y exige un gran y continuado esfuerzo mental. El apercebimiento es el conocimiento acompañado de imágenes sensibles; constituye el primer paso en la vía espiritual, sirviendo de escalón de ascenso al conocimiento meramente intelectual; requiere desasimiento, abandono de las cosas

.....  
encontrar y, por tanto, Señor, no es preciso a los hombres justos, servidores vuestros, que vuelvan su cara a otra parte cuando os quieran encontrar, porque, puesto que ellos son finitos, dentro de su corazón os podrán encontrar. El lugar más cercano en que sois encontrado es, ciertamente, el corazón del justo”.

14 Nuevamente cita Xirau: “Mírase el amigo en sí mismo a fin de que sea espejo donde se vea su Amado y mira a su Amado para que sea espejo en que tenga conocimiento de su amigo. Y así, en íntima compenetración, medida la distancia con mirada de amor, en los secretos del amigo son revelados los secretos del Amado y en los secretos del Amado son revelados los secretos del amigo”.

sensibles, silencio y soledad. La conciencia rige la conducta práctica del hombre en su camino de ascenso; opera como la vista, dice Llull, siendo sus ojos la justicia y rectitud. Por su parte la sutileza proporciona al hombre el ingenio en el plano del conocimiento general; sin ella el alma carecería de agudeza para poder distinguir entre los complejos fenómenos de la vida espiritual. El fervor, en fin, es una supravoluntad operativa que enardece al ser humano en su ascenso amoroso. Ramón Llull, no contento con otros términos catalanes que usa: *frevor*, *coratgia*, acuña uno nuevo, *sobrequerer*, para expresar que es una voluntad extrapotenciada. Sus raíces residen en la potenciación de las virtudes anímicas. Así, para amar con fervor y coraje, se precisa una cierta *hipermnesia* (sobre memoria), un refuerzo de la inteligencia y una gran fuerza de la voluntad<sup>15</sup>. Así entendido, constituye, para Llull, la más alta forma del amor.

El arte de la contemplación comprende el arte de enamorarse de Dios y el arte de orar. “El amor a Dios lo es todo”, dice Llull, quien menciona nueve instrumentos para enamorarse de la Verdad; entre ellos, la abstinencia, el retiro y sobre todo el recuerdo (un modo de recordar, entender y querer bello y noble que indique las Dignidades divinas). El arte de orar nos habla de la oración mixta (unión de la sensible y la espiritual), la más perfecta, pues es continua y se realiza en todo y a través de todo.

Otro método importante de contemplación consiste en sustituir el significado sensible u ordinario de las palabras por un sentido espiritual simbólico: nuevos sentidos irán apareciendo entonces en cada etapa del camino interior. Así interpretamos y damos sentido espiritual al contenido de los apólogos, las comparaciones, los sueños y las visiones.

En guardia ante la limitación de las palabras (pues la simple formulación verbal impide muchas veces la contemplación) Llull recomienda reducir las expresiones verbales al mínimo: frases muy cortas, simples vocablos, incluso sólo letras (como las que en su *Arte* simbolizan las Dignidades).

Siguiendo la tradición medieval Llull advierte cuatro modos de exposición verbal: literal, moral (o tropológica), alegórica y animogógica”. La anagogia, la cuarta, “es la simbolización por este mundo y lo sensible de lo que pertenece al otro y es inteligible.

Es entonces cuando “recurre a la imaginación, que puede actuar aquí, aunque ella no lo sepa, «significando» a la inteligencia, a través de los cuatro sentidos expositivos. Este uso «espiritual» de la imaginación nos proporciona el conocimiento de sueños, visiones, alegorías continuadas, simbolizaciones, etc., muy útiles en ciertos grados de la vida «espiritual». Esta «novella e estranya manera de oració e contemplació» procede de sus conocimientos del pensamiento sufí árabe, como manifiesta él mismo al escribir: «la qual es apellada en lengua arábiga *rams*, qui es aitant a dir com moral o allegoría o anagogia esposició»<sup>16</sup>.

15 Cf. Cruz Hernández, M.: o. c., p. 263.

16 Cruz Hernández, M.: o. c., p. 269.

Resplandece la belleza en el uso de las palabras inusitadas, en su empleo inesperado o en el choque de significación sobre las cuales se aureola la luz de la analogía, el símbolo o la alegoría.

Los métodos de ascensión mística son designados por Llull con las palabras “escala” y “carrera”. En muchos lugares de su obra expone diferentes y complejas escalas, como la genérica para elevar las potencias del alma y la específica para contemplar la bondad divina. Al hablar del quinto y último escalón de la primera, «el que no tiene nombre», nos dice que la voluntad puede amar más de lo que la inteligencia y la memoria recuerdan y contemplan, ya que éstas se detienen ante la puerta del gozo supremo.

En la lucha de su experiencia interior, Llull queda abocado a la perplejidad y como fuera de juicio. Y es muy significativo que también Ibn ‘Arabī hable tanto de la *perplejidad*. En el autor mallorquín la voluntad quiere lo que no se puede entender y uno se da cuenta de la imposibilidad de su deseo y, al mismo tiempo, de la necesidad de tan alto amor.

3000 versos componen la singular obra *Los cien Nombres de Dios*, escrita en catalán en 1289 e inspirada, como él mismo reconoce, en los modos islámicos. De ella nos dice un especialista:

“Lo que esta obra incluye más propio de Llull es su estructuración en el modo peculiar que tuvo de entender las «dignidades» divinas, el modo de su atribución a Dios, y la inclusión del sexto sentido (*afato*). En conjunto, en ella la influencia musulmana es decisiva, y no sólo en cuanto a la intención y terminología -y hasta una cierta envidia por el amor de los musulmanes al *Alcorán* y a su recitación litúrgica salmodiada-, sino por el contenido doctrinal neoplatónico sufi que alienta en toda esta obra”<sup>17</sup>.

En la cumbre del ascenso levántase el alma sobre sí misma, trasciende la “ciencia adquirida” y se sumerge en el mar luminoso de la “ciencia infusa”. Sale de sí misma por amor y al abandonarse se reafirma en su más alto ser. Nos hallamos en el centro mismo de la vida mística. En ella el amor atraviesa todas las zonas de la sensibilidad. “Y cuando el hombre sólo piensa en la bondad suma y las restantes «dignidades» divinas, nos dice Llull, sólo recuerda a Dios, sólo entiende a Dios, y sólo quiere a Dios”<sup>18</sup>. Otra coincidencia con Ibn ‘Arabī quien en su *Tratado del amor* recoge esta tradición: “El siervo se acerca constantemente a Mí por las obras supererogatorias (*nawāfil*) hasta que le ame. Y cuando le amo, Yo soy el oído por el que oye, la vista por la que ve, la mano con la que coge y el pie con el que avanza”.

---

17 Id., p. 275.

18 Id., p. 359.

## EL AMOR EN RAMÓN LLULL

En Llull el ser se confunde con el valor y el valor con el espíritu y el espíritu con el amor. “El amor es mar atribulado de olas y vientos que no tienen puerto ni orilla...”, escribe. Pero el amor también es uno y unifica. Porque «la voluntad puede amar [incluso, lo hemos dicho ya] aquello que el alma no puede recordar ni entender». El amor abre así perspectivas y caminos, penetrando en la densidad, a veces opaca, de lo real.

Vamos a ver cómo para Llull “todas las cosas visibles representan al Amado. Con imaginaciones junta y forma el amigo las facciones del Amado en las cosas corporales y con su entendimiento las pule en las cosas espirituales y con la voluntad las adora en todas las criaturas”. Con fervor franciscano penetra el alma en el corazón de las cosas creadas. Lo opaco se hace transparente y “el maestro del amigo son los significados que dan las criaturas de su Amado”.

También es de origen sufi la teoría luliana del amor, un amor que rige la estructura total de la vida interior y es el gran maestro del ascenso a las más altas moradas. En los capítulos 95 y 106 del *Blanquerna* el autor explica cómo este ermitaño hizo el *Libro del amigo y del amado* siguiendo la manera de los sufíes musulmanes, «quienes poseen palabras de amor y compendiados modelos que facilitan al hacerlo una gran devoción, siendo palabras que precisan una exposición». Perspicacia y genio de Llull pues en el siglo XIII, como afirma Cruz Hernández, “no hubiera podido encontrarse más alta y desarrollada filosofía del amor divino, que la tan larga y profundamente cultivada por los sufíes islámicos”<sup>19</sup>.

“El «amigo» deberá convertirse en un buceador espiritual de su alma, buscador de recónditas sutilezas. El «Amado» mostrará la riqueza de sus «dignidades». El amoroso coloquio permitirá el establecimiento de una comunión espiritual, que descubrirá algunos inefables *secretos* del «Amado», o sea, de la Esencia divina”<sup>20</sup>.

El amor como arte que compromete a la persona toda, pues “el libre querer es la más noble condición del hombre”. De este modo, exige sus condiciones, pues el amigo deberá ser confiado, diligente, humilde, paciente, sufrido y valiente. No caben en él desesperanza ni vergüenza, pues donde no hay esperanza el amor no florece. En otros lugares propone otras características del amor; entre ellas, que es fuerte, luminoso, simple, sutil o verdadero. Esclaviza a los libres y libera a los esclavos. Es un mar, lo hemos dicho, sin puertos y sin orillas (metáfora grata a Ibn ‘Arabī), movido por las olas de todos los vientos. Los trabajos de amor saben dulce y acrecientan dicho amor. Las paradojas no faltan:

“Donde más atiende y cura el Amado, allí sufre más el amigo; donde más abandona, mejor lo sana. Más grande es el amor en quien de amor muere, que en quien de amor vive. Sólo el amor y la muerte abren las puertas de la

19 Id., p. 277.

20 Id., p. 278.

vivienda del Amado. El amor es intermedio entre el creer y el comprender; por amor del amigo a su Amado, aquél cree cuanto dice; por fervor, quisiera entender esencialmente cuanto es capaz de decirle”<sup>21</sup>.

“Todo lo que nos rodea ayuda en el amor, porque todas las cosas son huellas del Amado, y al iniciar el camino del amor no hay mejor maestro que las señales que las criaturas van dando del Amado. Después, será la imaginación del amigo, quien dibujará las facciones del Amado en las cosas, quien las perfile con más detalle en el mundo espiritual y las ame en todas sus criaturas. Al final, el amigo se volverá a sí mismo y se hará espejo en que pueda conocerse. Así, en los secretos del amigo se descubre los secretos del Amado; y en los de Éste los del amigo”<sup>22</sup>.

El Amado es uno, esencia simple, actualidad pura, estricta perfección. No hay ser más noble que el Amado. Muchos son sus nombres, pues el universo ha sido creado para que la eterna e infinita grandeza del Amado sea vista en este mundo.

Sólo con sencillez se alcanza la ciencia del Amado y sólo con simplicidad se obtiene su amor. El amigo sabe que la ciencia de los sabios del mundo tiene más hojas que grano; la ciencia de los sencillos tiene pocas hojas, pero el grano es incontable.

“Es precisa la comunidad y la copropiedad para que el amor brote entre el amigo y el Amado. Entonces entre ellos la cercanía y la lejanía pierden sus diferencias; tan mezclados como el vino y el agua, se entremezclan los amores del amigo y del Amado. Como la luz y el calor están encadenados sus amores; como la esencia entitativa y el ser, están consumidos y aproximados”... “No hay ya mayores tinieblas que la ausencia del Amado; ni mayor bien que su presencia. Pero el amor alumbró la nube que se interponía entre el amigo y el Amado y la hizo luminosa y resplandeciente”... “Son [nos dice] como una actualidad esencial y como dos diferencias específicas concordantes, sin contrariedad alguna entre sí, ni diversidad de esencia”<sup>23</sup>.

Ramón Llull también quiso estructurar todo un arte de amar, que ya anuncia en su *Arte* “como ciencia universal del amor”, estructurada según los principios de su lógica simbólica combinatoria. “Este *Arte* pretende religar la voluntad particular a querer la universal y común amabilidad, de la que desciende lo bueno y demás participaciones de las «dignidades» que deben ser amadas”<sup>24</sup>. Sus principios operativos, no serán otros que las nueve «dignidades» que aparecían en el *Art inventiva*.

21 Id., p. 280.

22 Id., p. 281.

23 Id., pp. 282-283.

24 Id., p. 287.

En él aparecen también figuras, reglas, definiciones o axiomas, condiciones y caracteres o cuestiones; además, el alfabeto será el general del arte luliano.

En cuanto al árbol del amor, podemos decir que sus ramos del son tres: liberalidad, belleza y gozo de amor. Hojas del amor serán los suspiros, llantos y temores, mientras que las flores se concretan en altezas, loores y honores del Amado. El fruto del amor propiamente es Dios, pero su manifestación es triple: primero Dios en sí mismo, segundo la creación y tercero la bienaventuranza. En definitiva, el árbol del amor enseña los secretos de la más alta presencia, aquella que conduce a la unión íntima con el Amado. La embriaguez del amor conduce al abandono total. Y allí se descansa.

### EL AMOR EN IBN ‘ARABĪ

Por su parte, Muhyiddin Ibn ‘Arabī nos ofrece una atractiva visión del amor, desde todos sus aspectos posibles y nos describe igualmente los atributos de los verdaderos amantes.

Pero el amor no se puede definir; es una aspiración que atrae todo nuestro ser hacia su origen y fuente. Así, nadie se puede sustraer al amor como nada puede existir sin su Creador. ¿Cómo podrá el amante, viene a decirnos Maurice Gloton, sustraerse al poder liberador del amor cuando hasta la más pequeña de sus aspiraciones y energías lo expresan y manifiestan? Pero lo decisivo, aquí, es que todos somos amados. Leibniz se preguntaba: ¿quién es Dios? Y él mismo respondía: “el que ama a todos”. Ibn ‘Arabī escribe en su *Tratado del amor* (el capítulo 178 de *Las iluminaciones de la Meca*, que citaremos varias veces aquí):

«El amor original, la emoción extática, el deseo ardiente, la nostalgia, son una sola y misma realidad que adopta connotaciones distintas en función de las diferentes clases de seres enamorados»<sup>25</sup>.

Todos tenemos la potencialidad de amar; un amor que lleva a reconocerse en el otro, a unirse a él. Como decía María Zambrano: “el amor ve al otro como uno”. Estamos hechos para amar y ser amados, igual que anhelamos ver y ser vistos, ser reconocidos.

El amor en su esencia es unificante y vivificante, si bien es recibido y actualizado de diferente manera por nosotros, según nuestra disposición y pureza. El amor busca y produce la armonía y la concordia; es siempre positivo en sí mismo, como escribe Maurice Gloton, “y abraza todo sin excepción en su excelencia santificante”<sup>26</sup>; por eso es propio del poeta, quien ama la vida y tiene una sensibilidad especial en la percepción de la misma; para Ibn ‘Arabī la poesía es el lenguaje del amor, por ser capaz de expresar lo ilimitado.

25 Cf. Ibn ‘Arabī: *Traité de L’ amour*, ed. de M. Gloton, Albin Michel, París, 1986, p. 263.

26 Id., p. 20.

El amor alcanza a unir los contrarios. Así, presencia y ausencia, unión y separación se dan en amor perfecto, ya que Dios es el Alejado-Próximo. Escribe Ibn ‘Arabī:

«En él, la unión con nosotros es, pues, irrealizable. Él admite la separación sin por ello alejarse, lo mismo que admite la unión sin acercarse realmente. La unión en su esencia es idéntica, en Él, a su alejamiento. Pero sólo lo entenderá aquel que Le vea»<sup>27</sup>.

El místico murciano nos habla de la unidad del amor partiendo, desde luego, del amor divino. Sólo hay en la existencia, más allá de las formas, un amante y un amado. En palabras de Henri Corbin, citado por Fernando Mora: “El paso del amor humano al amor divino no consiste en cambiar de un objeto a otro, sino en una metamorfosis del sujeto, de tal modo que la noción de objeto queda periclitada, porque Dios no es un objeto. Dios es el sujeto mismo del amor, tanto amante como amado”<sup>28</sup>.

Pero el amor es una relación o implica una cierta relación. El amor de Dios de darse a conocer y de reconocerse en su creación. Henri Corbin utiliza la expresión *bi-unidad* (*haqq* y *halq*) al entender que la unidad del amor “no es la de una unidad indiferenciada” sino “la unidad de un ser al que el Compadecimiento esencial ha desdoblado”; así “cada uno de los términos aspira recíprocamente al otro”<sup>29</sup>.

El amor es un Nombre divino y es también un estado, o mejor dicho, una estación. Entre sus diferentes grados Ibn ‘Arabī destaca el que llama “la premonición del amor que está por llegar” y lo considera el más excelso; él mismo lo experimentó “como la gracia más deleitable que haya sentido”<sup>30</sup>.

Apuntábamos antes que Ibn ‘Arabī no ha disociado las diversas formas de amor de las que es capaz el ser humano. Las distingue y las une: amor físico, espiritual y divino se corresponden en nosotros, en nuestra constitución, con el cuerpo, el alma y el espíritu. Como resume magistralmente Fernando Mora, el amor espiritual “es el único que reúne cuerpo y espíritu” mientras que el amor divino es sinónimo de la glorificación esencial que rinden todas las criaturas. “En la plenitud del amor se combinan interior y exterior; cuerpo y espíritu, amor espiritual y amor natural”<sup>31</sup>. Y sobre el amor espiritual añade que en tanto que sabiduría, “es una pasión tan vehemente como lúcida. Es la ebriedad del amor abnegado, atemperada con la sobriedad del conocimiento”..., un conocimiento “sustentado en el sabor de la experiencia desnuda, más allá de cualquier velo intelectual o doctrinal”<sup>32</sup>.

27 Citado por Fernando Mora: *Ibn ‘Arabī. Vida y enseñanzas del gran místico andalusí*. Kairós, Barcelona, 2011, p. 293. En la edición francesa de Maurice Gloton, o. c., cf. p. 254.

28 Cf. su edición francesa de *El jazmín de los fieles de amor*, p. 39. Citado en Fernando Mora: o. c., p. 282. Esta idea de Ibn ‘Arabī se encuentra de igual manera en los *Upanishads* de la India, donde leemos: “Cualquiera que sea la forma en que los hombres me amen, igual es la forma en que encuentran mi amor: pues muchos son los caminos del hombre, pero al final todos conducen a mí” (*Upanishads*).

29 Citas de *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn ‘Arabī*, p. 384. Cf. Fernando Mora, o. c., pp. 297-298.

30 Cf. *Traité de L’amour*, ed. de M. Gloton, o. c., p. 49.

31 Mora, F.: o. c., cf. pp. 293, 294 y 297.

32 Id., p. 300.



Un estado característico del verdadero amante es el ignorar que ama. Me sirvo una vez más del libro de Fernando Mora para aludir a las cualidades del genuino amante, abreviando un poco las que él cita con las palabras del propio Ibn ‘Arabī:

“«Estar muerto, privado de razón, caminando hacia Dios a través de Sus nombres, móvil como pájaro, siempre en vela, disimulando su aflicción, aspirando a desprenderse de este bajo mundo para encontrarse con su bienamado, hastiado del velo indisociable que impide el encuentro entre ambos, suspirando por Él profusamente, encontrando reposo en el propósito y el recuerdo de su bienamado, ... su corazón totalmente loco de amor, prefiriendo la compañía del bienamado a cualquier otra, ... deleitándose en el desasosiego, transgrediendo las reglas establecidas tras haberlas observado, ... despojado de toda calificación, ignorado de nombres o anónimo, distraído sin serlo, no obstante, realmente, sin discernir entre unión y separación, ... no sabiendo lo que es ser amante. ... Está triste y alegre a la vez, calificado por los contrarios; ... finalmente, sólo habla con las palabras de su Bienamado. Esos amantes se llaman portadores del Corán, y cuando logran reunir todos los atributos del Libro, se convierten en su esencia»”.

Cuando el amante se orienta del modo adecuado hacia la Belleza (como quería Platón) nada puede detener su ascenso e impedirle llegar a la visión unitaria, que es conocimiento de la Realidad vivida, donde Amante, Amado y Amor son o comparten una misma esencia, llegándose a vislumbrar la unidad de la Belleza divina en todas las cosas<sup>33</sup>.

Ibn ‘Arabī nos habla del amor a la Dama-Sabiduría y esa es su religión del amor; la de los enamorados de Rumi, la de los Fieles de Amor (como el Dante) que ven en el aprecio de lo bello puertas que dan acceso al amor divino y ven reflejos de esta belleza absoluta en los seres amados. También San Agustín escribió que Dios acaba convirtiéndose para nosotros en el compendio de todo lo que amamos.

Amor a la Dama-Sabiduría y amor a la mujer concreta, a las personas y realidades concretas: En un texto de *Los engarces de la sabidurías* leemos:

«Allah no puede ser contemplado en ausencia de soporte porque la esencia de Allah es independiente de los mundos [...] La contemplación implica necesariamente un soporte sensible; es por eso que la contemplación de Dios en las mujeres es la más completa y perfecta...»<sup>34</sup>.

33 Cf. M. Gloton, o. c., p. 21.

34 Citado por F. Mora, o. c., p. 306.

## CONCLUSIÓN: AMOR Y CONTEMPLACIÓN

Cuando Krishna, como Dios, habla a Arjuna en la *Gita*, dice: “A través del amor él me conoce verdaderamente, quién soy y qué soy. Y cuando me conoce verdaderamente, entra en mi Ser” (XVIII. 55). En Sánscrito la expresión que utiliza es «*visate Tad Anantaram*» - «entra en Eso que es Eterno - mi Ser».

La contemplación es un conocer encendido por el amor.

“Prima et máxima contemplatio est admiratio maiestatis” (S. Bernardo). “Admiratio est actus consequens contemplationem sublimis veritatis” (Sto. Tomás). Traduzco: “la primera y máxima contemplación es una admiración de la majestad”; “la admiración es el acto que sigue a la contemplación de una sublime verdad”.

Para Hugo de San Víctor: “conocer lo verdadero y amar lo bueno, en eso consiste la felicidad”. Cabría añadir: y gozar de lo bello (la belleza como *splendor veritatis*). San Agustín definía la felicidad como el *gaudium veritatis*, el gozo de la verdad. Y no estaría, en el fondo, en desacuerdo con Santo Tomás de Aquino cuando éste afirma que la más alta felicidad está en la contemplación (lo que sería en S. Agustín la *visio*)<sup>35</sup>.

La felicidad como un regalo, algo así como el ser inundados: el Maestro Eckhart habla de la “esencia desnuda del alma” a la que le sobreviene la felicidad sin actividad propia. Por eso escribe: *Beatitudo consistit in receptione* (*Sermones de tempore*, 9 y 11).

Así, el mundo está en el alma y el alma se convierte en todas las cosas (“anima est quodammodo omnia”, escribe Aristóteles en su tratado *Acerca del alma*, 3, 8, 431 b.).

Al conocer alcanzamos nuestra verdadera riqueza: contemplar todas las cosas en Dios y a Dios en todas las cosas. En esto coinciden estos dos grandes escritores y sabios. “La persona realizada -afirma Ibn ‘Arabī- ve la multiplicidad en lo Uno”.

La contemplación es visión del Amado.

En palabras del poeta alemán del siglo XX, Konrad Weiss: “La contemplación no descansa hasta que encuentra el objeto de su ceguera”.

35 Aunque suelen oponerse el intelectualismo de Santo Tomás y el voluntarismo de San Agustín, podemos apreciar también un acuerdo entre ambos. Valgan estas cuatro citas de San Agustín:

a) “Tener no es otra cosa que conocer” (*83 cuestiones*, 35); b) “¿qué quiere decir ser feliz sino esto: poseer algo eterno conociendo?” (ib., 33); c) “siempre que tú te afanas, te afanas por esto, para ver” (*In Ps.*, 90, 2); y d) “todo nuestro premio es ver” (*tota merces nostra visio est*) (*Sermones*, 302), frase está que a menudo cita Santo Tomás de Aquino.

## APÉNDICE

Si bien es indudable que Llull manejó fuentes árabes, también hay una fuente hebrea que conecta con el neoplatonismo (ya desde Filón y Aristóbulo) y particularmente el *Libro de la Creación* (*Sefer Yetsira*). Es muy interesante la tabla comparativa que ofrece M. Cruz Hernández<sup>36</sup> donde se confrontan y traducen las Dignidades lulianas, los *Sefirot* hebraicos y las *Ḥaḍarāt* de Ibn ‘Arabī. La copio a continuación:

<b>Dignidades lulianas</b>	<b>Sefirot hebraicos</b>	<b>ídem</b> (traducción)	<b>Ḥaḍarāt islámicas (Ibn ‘Arabī)</b>	<b>ídem</b> (traducción)
1. Bondad	4. Hésed	Bondad	Iḥsān 12	Bondad
2. Grandeza	8. Hod	Esplendor	Kibriyyā’ 5	Grandeza
3. Duración	7. Nesah	Duración Eternidad	Ṣamadiyya 15	Eternidad
4. Potestad	5. Guibburá	Potestad	Iqtidār 16	Poder
5. Sabiduría	2. Hokma	Sabiduría	‘Ilm Ḥikma 7	Ciencia Sabiduría
6. Voluntad	-----	-----	-----	-----
7. Virtud	6. Tiféret	Virtud	Quwwa 4	Virtud
8. Verdad	3. Biná	Verdad	Ḥaqq 14	Verdad
9. Gloria	1. Keter	Gloria	‘Izza 3	Gloria
-----	9. Yesod	Fundamento	-----	-----

El *alfabeto* definitivo de la «gramática lógica» luliana puede sintetizarse en este cuadro:

Símbolos	I. Dignidades o principios absolutos	II. Principios relativos	III. Categorías o cuestiones generales	IV. Sujetos	V. Virtudes	VI. Vicios
B	Bondad	Diferencia	Posibilidad	Dios	Justicia	Avaricia
C	Grandeza	Concordancia	Definición esencial (quidditas)	Ángel	Prudencia	Gula
D	Eternidad	Contrariedad	Materialidad	Cielo	Fortaleza	Lujuria
E	Poder	Principio	Formalidad	Hombre	Templanza	Soberbia
F	Sabiduría	Medio	Cantidad	Imaginación	Fe	Pereza
G	Voluntad	Fin	Cualidad	Sensitiva	Esperanza	Envidia
H	Virtud	Mayoridad	Tiempo	Vegetativa	Caridad	Ira
I	Verdad	Igualdad	Lugar	Elemental	Paciencia	Falsedad
K	Gloria	Minoridad	Modo e instrumento	Instrumento	Piedad	Inconstancia

36 Cf. la p. 77 de su libro ya citado.